

BIBLIOTECA

*Los Grandes Pelms*

duy

OR

La Novela Semanal Cinematográfica



LA  
HUERFANITA  
MILLONARIA

FOR  
SHIRLEY MASON,  
COLLEN LANDIS,  
etc.  
50 cts.

6  
U. 895

BIBLIOTECA

*Los Grandes Films*

DE

LA NOVELA SEMANAL CINEMATOGRAFICA

Director: FRANCISCO MARIO BISTAGNE

Via Layetana, 12 - BARCELONA - Telef. 4423 A.

SWEET ROSIE O'GRADY

1926

LA HUERFANITA MILLONARIA

Preciosa comedia sentimental interpretada  
por los célebres artistas

Shirley Mason, Cullen Landis,

William Conklin, Duane Thompson, etc.

Producción COLUMBIA

Selecciones Luxor VERDAGUER

Consejo de Cierto, 290 - BARCELONA

---

Prohibida la reproducción.

Revisado  
por la censura gubernativa.

---

---

J. HORTA, Impresor, Cortes, 719 - Barcelona

## La Huerfanita Millonaria

---

### Argumento de la película

Todavía en el Nueva York de hace veinte años existían barrios de quietud y de paz. Uno podía salir de su casa a pie y regresarla a ella con vida. Los automóviles no atropellaban con sus fantásticas velocidades a los transeúntes. Se respiraba con mayor amplitud, con más holgura.

En uno de aquellos distritos casi patriarcales vivía Ben Saphíros, un usurero judío no exento de cierto buen corazón... que también puede darse el caso.

Tenía una tienda de compra-venta y muchas veces había sido la providencia de los



apurados vecinos que necesitaban empeñar una ropa para poder comer. Su usura era moderada, no sabía explotar la miseria como otros israelitas.

Muy de mañana, Ben abría su tienda. Arreglaba los escaparates donde se aglomeraban en montón los más heterogéneos objetos, limpiaba las aceras quitándoles el polvo recogido durante veinticuatro horas.

Cierto día cuando el barrio comenzaba a despertar y las gentes se preparaban para el diario trabajo, Ben escababa, como de costumbre, la acera, tranquilo y feliz con el optimismo del hombre que vive sin grandes aspiraciones.

Ben era soltero. Había pasado la vida solitario, sin unirse a ninguna mujer. Ahora, maduro ya, con la barba entre cana, no lamentaba el haberse mantenido célibe.

—Tempranito nos levantamos — le advirtió un tendero vecino — ¡los pájaros madrugadores cogen las mejores migas...

—Yo espero que caigan los primeros climas — respondió Ben riendo —... las migas me tienen sin cuidado...

Y siguió sus obligaciones mientras tarareaba una tonada vieja.

El policía Jim Brady, un hombre de mediana edad, antiguo amigo del usurero, hacía

honor al refrán de que "son los amigos los que pelean".

Jim efectuaba su visita de inspección matutina por la barriada confiada a su custodia. Al ver a Ben le dijo cariñosamente:

—¡Buenos días, gran tacaño!

—¡Buenos los tenga el rey de Irlanda! — respondió burlón el vejete.

—Preparando la caza de incultos, ¿eh?

Ben se echó a reír y de pronto Jim quedó con los ojos fijos en una cesta que aparecía cerca del portal.

—¿Qué tienes ahí, hombre de Dios? — dijo Jim.

Y removiendo el cesto sacó de su interior una hermosa niña.

Ben quedó horrorizado al contemplar aquel regalito. ¿Cómo no se había fijado antes?

—¡Qué barbaridad... lo que es yo, nada tengo que ver con el hallazgo! — dijo el usurero, tembloroso.

Los dos hombres entraron en la tienda. La pequeña lloraba amargamente. Y Ben palidecía maldiciendo al que había puesto aquel obsequio en su almacén. ¡Qué compromiso!

—Llévala a la comisaría — dijo — mi casa no es un asilo de infancia... aquí sólo se admiten géneros pignoraes.

Pero la criatura había cesado de llorar y miraba con una sonrisa dulce al viejo prestamista.

—Hemos de averiguar de quién se trata — dijo Jim —: tal vez lleve en su poder alguna indicación...

Vieron que la chiquilla llevaba prendida una cartita y la leyeron angustiados:

*Querido Ben Saphiros.*

*Conociendo su bondadoso carácter le confío esta niña cuyo padre murió hace días. Yo me encuentro muy enferma y me veo privada de cuidar de mi hija. Creo que voy a morir. Dios le proteja a usted al cuida de mi niñita.*

La carta iba sin firma. ¿De quién podría ser aquella criatura que representaba unos pocos meses?

El asurero quedó pensativo. ¡Ah, diablo, cómo se aprovechaban los vecinos de su noble corazón... Pero ¿qué iba a hacer él con una criaturita así, en su casa?

Jim Brady, el policía, sonreía ante la niña abandonada. También él, que había llegado a la plenitud de la vida permaneciendo soltero, se sentía conmovido ante esta pequeña, sin amparo de nadie y confiada a las manos de un israelita.

Pensó que Ben no podía cuidar de ella y que en su casa solitaria la niña podía ser como el sol: le alegraría el hogar.

—Me quedo con ella comprometiéndome a cuidarla solícitamente — dijo Jim.

Ben le miró altivamente, y releso de que su amigo quisiera quitarle la niña, le respondió:

—No tienes derecho alguno sobre ella... la madre me la confía a mí... ¡Y ea, estoy decidiendo... me la quedo...!

El agente sonrió y admirando en el fondo el buen corazón del judío le dijo:

—Bien, Saphiros, por eso no pelearnos... tú serás su padre y yo me conformo con ser su abuelo...

—Naturalmente, como tú eres más viejo que yo...

—Eso no. Pero comprendo que tienes mejor derecho sobre ella. A ti te la confían. Cuida la bien... y sobre todo no la inicies en tus negocios...

—Alto ahí... que mi casa es honrada como la que más...

—Y ¿qué nombre piensas poner a la niña?

Ben contempló los rasgos fisonómicos de la criatura y con un deseo de perpetuar los nombres de su raza, agregó:



—Tiene todo el perfil característico de una Rebeca...

—Sigue...

—Pues su nombre será judío... ya no ad-



—Te prohíbo que la pongas por nombre Rebeca...

mito más discusión... La llamaré Rebeca... o Raquel o Sara...

Enfurecido el guardia quiso arrancarle la niña de sus brazos:

—¡Te prohíbo que la pongas por nombre

Rebeca, pues es católica!... Esta niña tiene todos los rasgos de nuestra raza...

Y con el mismo pueril entusiasmo, Jim, que había nacido en Irlanda, añadió:

—Su nombre será irlandés...

Insisto en que se la ponga Sara o Raquel...

—Nada de judaísmos...

De la calle llegaron las notas de una música ambulante, una "Dulce Rosa O'Grady"...

—decía la suave y amorosa canción que hablaba de tierra de montaña con sus campos verdes y la suavidad de su cielo claro...

—Escucha lo que están tocando en la calle— dijo Jim.

Y los dos hombres quedaron un momento silenciosos mientras la tonada seguía espaciando en la suavidad matinal las evocaciones punzantes de las tierras campesinas.

—Para evitar rivalidades la llamaremos Rosa... —dijo Jim.

El israelita movió la cabeza dudando.

—¡No hay nombre más bonito para una niña tan hermosa! —agregó su amigo.

—Lo acepto. Rosa es también judío al fin y al cabo...

Y los dos compañeros se dieron la mano en señal de amistad y de espiritual parentesco.

Los dos iban a cuidar de la niña. Ben podría ser el padre... pero Jim pasaba a la categoría de abuelo...

—Cuidala como a tu propia vida — le dijo el policía al salir—. Cada día pasará por aquí a ver cómo sigue la pequeña, cómo va creciendo bajo tus experiencias... Y mucho cuidado en hacer de ella... un comerciante.

—¡La amaré como a mi propia hija... como a mi misma sangre! — respondió el judío, solemne.

Jim se alejó alborozado por el encuentro y el israelita quedó solo en la tienda, abrazando cariñosamente a aquella criatura que le mordía ahora el dedo con cierta señal de hambre...

Compró un liberón; el mismo Ben cuidó, por instinto, de la niñita Rosa... Y desde aquel día todavía el corazón de Ben Saphiros fue más bondadoso para todos.

La influencia de la niña era decisiva... Bastaba que los clientes hablasen de la pequeña para que el judío se enterneciera como un niño.

\*\*\*

Pasaron los años... Otros niños alegraron las calles y los que antiguamente alborotaban con sus cantos y juegos infantiles ahora tienen el distinto alboroto de la juventud.

Una mañana, de la tienda de Ben comenzó a salir como una enorme polvareda que daba la impresión de denso humo cual si se incendiase la casa. La palabra ¡fuego! corrió de boca en boca.

Un tendero curioso se echó a la calle y dijo a su mujer:

—¿Se quemarán los mil chismes de Ben Saphiros?

—No seas tan ocioso — le dijo su esposa —, y ocúpate de tus asuntos...

Y sin que les preocupara poco ni mucho que la tienda desapareciese bajo los elementos se encerraron de nuevo en su almacén.



El policía Jim Brady seguía prestando servicio en la misma barriada. Al notar también la extraña atmósfera que invadía la tienda del judío, corrió hacia ella.

Al llegar se desvaneció la incógnita. Una muchacha apareció en el portal con una escoba lanzando tremendas rachas de polvo. Lo que los vecinos habían tomado por incendio no era más que el polvo levantado por la limpieza intensiva de la joven.

Era esta, Rosa, la huertanita recogida algunos años antes por Ben, que se había convertido en una hermosa mujer que era el orgullo y la alegría del humilde barrio.

Jim, sonriente y amenazándola cariñosamente le dijo:

—Si no fuera yo tan compasivo, te pondría diez dólares de multa... ¿Qué manera es ésta de esconder?

—Tiene usted demasiado buen corazón para ser tan riguroso...

—De ello te aprovechas... pero un día voy a perder la paciencia.

Jim seguía adorando con una devoción paternal a la muchacha. El y Ben habían cuidado de la pequeña con un amor igual entre los dos. Por la dulce Rosa los dos hombres hubieran dado la vida.

El policía dijo a Rosa:

—Bueno... voy a continuar mi inspección... hasta luego...

Y siguió su camino volviéndose de vez en cuando para saludar a la pequeña amada.

Pasaron los días, los meses... La vida prosiguió de manera tan monótona como siempre. Nada de particular ocurría nunca en aquel barrio... Las vecinas, en los instantes avorados, seguían empujando sus prendas, y Ben procuraba sacar de ellas el mejor partido posible.

Ben, con el ansia de dejar un capitalito a su hija adoptiva, guardaba dinero, ahorrando con la constancia peculiar de los israelitas aumentada ahora por una razón sentimental.

A pesar de sus negocios, Ben tenía siempre un momento para jugar su partidita de naipes con algunos vecinos.

Reñían continuamente en el juego los dos o tres amigos que formaban su tertulia y el único capital que exponían sobre las cartas era el de unas docenas de alubias. La diversión no podía resultar más barata.

—Con un as me quitas el rey — decía Ben a un compañero—. Me parece que esto es ilegal y te voy a denunciar...



—Como quieras, de todos modos la partida es mía — respondió el otro.

—No sé cómo te las apañas pero siempre ganas...

Cierto día, había entrado en la tienda Maine Feitelbaum, un vecino del barrio, campeón en el arte de jugar a la baraja.

Venía para realizar la acostumbrada partida con Ben y sus compañeros. Se las echaba de hombre importante y aunque aseguraba siempre que no tenía tiempo de quedarse a jugar, acababa por pasar la tarde con ellos.

Comenzó la partida y como de costumbre los contendientes disputaron. Ben, perdía...

—Me debes nueve judías — le dijo Maine.

—Son siete judías... ya ves como mientes por dos judías — respondió el prestamista.

—Nueve...

—A ver si por dos fulminantes de estos me vas a llevar a la cárcel — protestó Ben.

—Lo que yo quiero es que digas la verdad...

Y seguían su juego matizándolo con pequeños incidentes a flor de piel que les disgustaban momentáneamente para luego aumentar más su afición.

Rosa, sin tomar parte en la reunión, reía alegremente oyendo las frecuentes y acalora-

das disputas de los amigos... ¡Qué hombres aquellos!

Cuando los jugadores le pedían su parecer sobre tal o cual partida ilegal, respondía la joven:

—A mí no me preguntan... soy simple espectadora...

Luego la muchacha se alejó de la habitación donde jugaban para dirigirse a la tienda.

Unos músicos tocaban una dulce canción que le gustaba mucho:

*Yo amo a Rosa...*

*y Rosa me ama a mí...*

Era la misma canción que cuando ella fue recogida por Ben oyó cantar el israelita. Ella sabía este detalle por su propio padre adoptivo y no podía escucharla sin que la emoción la embargase.

Corrió junto a Ben y le suplicó, con una sonrisa clara...

—¿Quieres darme algunas moneditas para el músico ambulante?

¿Qué no haría Ben por la chiquilla? A pesar de su tacañería, le respondió:

—Sácalas tú misma de la Registradora y cierra bien...

Rosa salió y Maine protestó furioso:

—Regateas dos judías y ahora das una fortuna para música celestial...

—Por Rosa me olvido hasta de que soy prestamista...

Y era verdad: cualquier cosa que ella le pidiera lo daba generosamente.

Rosa entregó unos centavos al músico y luego continuó en la tienda arreglándolo todo con sus manos delicadas de mujer.

Mientras limpiaba los objetos expuestos, pensó de repente en el policía Jim Brady, al que llevaban mucho tiempo sin ver.

¡Ah, el ingrato! Jim, debido a la herencia de un pariente, se había convertido en un hombre riquísimo, millonario, y había abandonado naturalmente el cargo de policía.

Pero los trabajos que tuvo que realizar para heredar la inmensa fortuna le ocuparon todo el tiempo, impidiéndole efectuar las acostumbradas visitas a casa del prestamista.

Algunas veces Ben y Rosa habían comentado la súbita riqueza del antiguo guardia.

—¡Qué suerte tan loca! ¡Verse así... elevado a una categoría de hombre riquísimo... Lo merece... él debía ser algo más que un policía... Vale mucho...

Y Ben no le envidiaba, lamentando únicamente que a él, al usurero, no se le hubiera

muerto de repente algún pariente millonario.

Algunos días antes Rosa había enviado a Jim una carta que decía así:

*Diríase, querido abuelo honorario, que nos has olvidado. Siempre esperamos tu visita pero no te dignas pasar un rato entre nosotros... Te abraza tu disgustada*

Rosa

Y aquella tarde Rosa pensaba en el ausente, extrañándole su prolongado silencio... Y como si hubiera presentido a Jim, a los pocos momentos éste llegaba a la tienda. Iba de paisano, con el rostro satisfecho y gorra. Era tan feliz!

—¡Chiquilla!...

La acarició dulcemente y la dijo:

—Traigo una sorpresa para ti, Rosa...

Y puso en sus manos un bello relojito de pulsera.

Ben y sus amigos salieron a su encuentro.

—Oh, gracias... ¡qué bueno es usted! — dijo la joven.

—No he podido venir antes... Los trámites de la herencia me ocupan todo el tiempo... Pero no por eso me he olvidado de vosotros...

—Estás más elegante vestido de paisano



que vestido de agente, querido Brady — le dijo Ben estrechándole la mano.

Los amigos de Ben después de saludar al antiguo policía se despidieron para continuar la partida al día siguiente.



*... no por eso me he olvidado de vosotros...*

Jim quedó con el usurero y Rosa.

—¿Qué cuentas de nuevo, Jim? — le dijo el prestamista—. ¿Cómo van esas riquezas heredadas?

—Admirablemente... Parece que uno haya muerto y vuelva a vivir otra existencia... Todo

ha cambiado ahora... ¡Si vieras mi casa, que preciosidad!

Rosa mostró el reloj que le había regalado Jim.

Fíjate... padre...

El israelita sonrió, turbado. ¡Ah, mal gastador! Cómo se conocía que había heredado el dinero. ¡Si fuera como él que tenía que ganárselo a pulso!

—¿Por qué has hecho eso, Jim?

—¿Y qué importa?... Rosa merece más. Rosa lo merece todo... Mira, Ben, vengo a hablarte de un asunto muy interesante... Rosa ha vivido conmigo varios años; deja ahora que pase una temporada en mi casa, donde no carecerá de nada...

El viejo le miró con ojos melancólicos, doloridos... Rosa entristeciéndose también...

—Jim... si tú lo quieres... yo siento mucho desprenderme de ella... pero... ya que ahora eres rico... como tú tienes también derecho sobre Rosa porque eres su abuelo... yo...

Pero Rosa no parecía ser de aquella opinión. Se levantó. Tenía en los ojos un resplandor de llanto.

Jim le dijo sonriente:

—Vivirás como una princesa entre fiestas y placeres, tendrás tu auto y elegantes vesti-

dos... Todo lo que pueda soñar la mujer más influyente...

Por un momento ella pareció vacilar, viéndose con la ilusión juvenil aquella maravillosa existencia que el afortunado abuelo honorario le brindaba... Pero Ben había salido de la estancia. Marchaba lentamente, penosamente, como si presintiera las melancolias duras de la soledad... A Rosa le pareció que brillaba una lágrima en sus ojos y aunque ella quería mucho a Jim, no podía dar nunca un disgusto semejante al prestamista.

—No puedo... Lo siento, papá Jim... pero no puedo dejar solo a papá Ben...

—Ah... ese papá Ben... ese egoísta!

Pero respetando la unidad de aquel hogar, el antiguo policía, el noble Jim elevado a la categoría de millonario, se despidió de Rosa, diciéndole:

—Ya volveré otro día... No te perdono que sigas viviendo ahí... A lo menos has de pasar una temporada conmigo...

\* \* \*

Al día siguiente un pollito bien, Víctor Martín, se aventuraba por un barrio que no era el suyo.

Víctor, muchacho riquísimo, paseaba por el distrito donde vivía Ben Shapiros, el prestamista, y otros pequeños comerciantes.

Era aquella una barriada de gente bullanguera y sin cesar populaba ahora por las calles una pandilla de chicleos que gustaban de armar continuas pendencias.

Aquella mañana, Víctor paseaba tranquilamente cuando unos chiquillos que formaban la partida del trompición, le vieron distraído y pensaron jugarle una mala partida.

Uno de los chicleos le tiró una loseta a la cabeza. Víctor, contrariado por la intempestiva agresión, se dirigió contra el muchacho, pero



éste acompañado de otros graduas, jovenculos de diez y seis a diez y ocho años, cayeron sobre Víctor con tal ímpetu y furia que el elegante mozo vino al suelo bajo la terrible fiera de los exaltados demonios.



*... cogió unas losetas y comenzó a tirarlas...*

Se defendía con toda su fuerza, pero como sus agresores eran en mayor número, no podía luchar con posibilidades de éxito.

Rosa O' Gray, la hija adoptiva del señor Ben, que estaba ante la puerta de su casa, presenciaba la inopinada y brutal lucha... Y llena

del espíritu hallanguero y caritativo que saltaba en su corazón, cogió unas losetas y comenzó a tirarlas a la cabeza de los chucuclos con una magnífica puntería, que éstos huyeron con toda rapidez.

Pero allá en el suelo, casi desvanecido por los golpes, estaba el elegante Víctor Martín.

—¿Le han hecho a usted mucho daño? — preguntó ella cariñosamente, ayudándole a levantarse.

—No... únicamente... aquí... en la cabeza — dijo señalándose una pequeña herida cerca de la sien.

¡Pobre joven! ¡Venga usted a mi tienda... le curaremos!... Esos chicos del barrio que malos son!

Y Víctor con la muchacha fué a la tienda del israelita. Allí, la dulce Rosa se apresuró a curarle con manos puras de enfermera lavando cuidadosamente la herida y envolviendo luego su frente con un pañuelo.

—Ya pasó. No tiene apenas nada.

—Aunque estuviera grave... usted me curaría pronto — le dijo él, sonriente—. ¿Puede saber cómo se llama mi bella salvadora?

—Rosa... — respondió ella sonriendo dulcemente.

—¿Como la heroína de la popular canción?

—Sí...

"Oh, dulce Rosa O'Grady" — comenzó a cantar el muchacho.

Y miraba a esa linda muchacha que con su



*—No olvidaré nunca lo que hizo usted por mí... Se lo aseguro...*

intervención tal vez le había salvado de la muerte...

—No olvidaré nunca lo que usted hizo por mí... Se lo aseguro...

—Y usted... ¿cómo se llama?

—Victor Martín... — dijo él.

En aquel instante llegó Ben, el prestamista. Rosa presentó al joven, y éste explicó:

—Querían atacarme, señor... y ella me ha salvado... Le estoy muy agradecido.

Ben sonrió orgulloso al conocer la bazaña de la pequeña... ; Y él había sido quien la educara, quien le diera aquellos nobles principios de cariño y fraternidad!

Victor iba a marchar. Estrechó las manos de Ben y de Rosa haciendo nuevas protestas de amistad y de agradecimiento.

Y miraba a Rosa con vivo interés... ; Qué bonita era!

Victor, al salir, se despidió tan ardientemente de Rosa que al retroceder para saludarla estuvo a punto de tirar a tierra una figurita de mármol que Ben tenía en gran estima.

—Perdone... Por suerte no ha caído...

—No... no ha caído — respondió aún Ben, tembloroso y pálido de miedo. — ; Si llega a romperla!...

Rosa acompañó al muchacho hasta la puerta y allí le dijo Victor:

—No será esta la última vez que nos veamos... Le aseguro que me a interesado usted... Es usted tan bella... y buena...

—Oh, gracias... ; muchas gracias!



Y la humilde muchacha para quien el amor no había cantado aún ninguna de sus estrofas, sentíase invadida de una extraña inquietud al escuchar las palabras de aquel apuesto mozo.

Cuando Víctor hubo partido, ella volvió al interior de la tienda y encontró a Ben que se enjugaba el sudor.

—Todavía me dura el susto... Hubiera sido una lástima que cayese la estatuilla... pagué por ella cincuenta dólares...

Y al volverse tropezó y sin poderlo evitar tiró la amada estatua al suelo.

—¿Qué he hecho? — gemía el prestamista — ¡Ah, mi mala estrella!

Y casi lloraba junto a los restos del mármol.

Y entretanto, Rosa, alegre como nunca, sin saber por qué, no dejaba de recordar al hombre con quien había hablado pocos momentos antes.

Unos minutos después, la muchacha recibía una cartita de Víctor, concebida en estos términos:

*Le invito a usted a dar un paseo en "auto" mañana por la noche, a las ocho.*

Ella se turbó. ¿Le permitiría su padre Ben, salir con aquel joven? Y ella deseaba aceptar

la cita con la confianza que parecía inspirarle aquel mozo de sonrisa seductora.

Víctor Martín vivía en otro barrio de la ciudad, habitado por gente principal y rico.

La mansión de los Martín era magnífica. Víctor vivía con su madre y con Dorothy, su hermana...

Aquella tarde, cuando Víctor regresó a su casa, lo primero que hizo fué ir al garage y hablar con el chofer.

—Para mañana por la noche necesito que me prestes uno de tus uniformes — le dijo.

—Perfectamente, señor, lo tendrá a su disposición — respondió el chofer, extrañado de aquella demanda, pero acatando la orden.

Víctor seguía pensando en Rosa. Le gustaba la humilde criatura... Deseaba conocerla mas, hablar con ella, sentir la emoción bondadosa de sus palabras... ¡Oh, su dulce salvadora!... Pero, temiendo que Rosa le rechazara al enterarse de que Víctor era hijo de familia rica, el muchacho optó por aparecer ante ella en un traje de chofer y ocultarle, por el momento, su fortuna.

A la hora de cenar, Dorothy habló a Víctor.

—No te comprometas para mañana por la noche. He preparado un baile original al que

deben asistir todos vestidos como pordioseros.

—¡Admirable idea! — dijo él, riendo—. Pero mucho lo siento, hermanita... Precisamente tengo un compromiso anterior que no puedo aplazar...

—¿Tan urgente es?

—No puedes figurártelo. ¡Negocios!...

—Pues cuando Virginia se entere...

—Déjala estar. Ya sabes que esa muchacha con la que queréis casarme no me gusta...

—Pues es un partido espléndido — dijo la madre — una niña tan rica...

—Rica... sí... pero no es santo de mi devoción...

—Es millonaria...

—No me gusta... La mujer con la que yo haya de casarme no me importa que sea pobre o rica, pero ha de ser a mi gusto...

—Vamos... ya salió el hombre demócrata de la libre América...

—Dí mejor, ya salió el hombre que quiere labrarse su felicidad.

La cena continuó silenciosa. Se sentían madre e hija disgustadas por la próxima ausencia de Víctor. ¡Algún enredo probablemente!...

A la noche siguiente, Rosa, que había pedido permiso a papá Ben para salir con Víctor,

aguardaba vestida con sus mejores trapitos, a su primer pretendiente.

El prestamista, conociendo la seriedad de Rosa e inspirándole confianza Víctor, no tuvo inconveniente en acceder a ello siempre que volvieran muy pronto.

Y mientras Ben con Maine y otro amigo jugaba su interminable partida de naipes, Rosa esperaba con impaciencia.

Un auto se detuvo ante la puerta de la tienda y Víctor entró a buscar a la muchacha.

Rosa le contempló extrañada al ver su traje de chofer.

—No me figuraba que fuera usted un chofer... tiene usted un aire tan distinguido...

El se echó a reír.

—Usted sí que está monísima con esta creación tan personal...

Y la contempló arrobado, admirando el original vestido de Rosa. Llevaba ella un traje pasado completamente de moda, con grandes puntas y bordados, una cosa extraña que haría reír a todas las mujeres enamoradas de los últimos figurines. Un sombrero de otro tiempo completaba su atavío. Pero a él le pareció divina con los ojos del amor.

—Bueno... vamos a dar una vueltecita en el auto, ¿eh?



Rosa se despidió de papá Ben y éste salió a saludar a Víctor.

—Que me guarde usted bien la niña, ¿eh?... Y acuérdate, Rosa, de que a las diez debes regresar aquí...



...ante el asombro de los chiquillos del barrio.

—No faltaremos... — respondió él.

Y poco después los dos jóvenes partían a gran velocidad por las calles de Nueva York, ante el asombro de los chiquillos del barrio. Ella estaba deslumbrada; no había ido nunca

en automóvil y ese vehículo le causaba una misteriosa sensación de bienestar.

Unos momentos más tarde, llegaba a casa del prestamista, Jim Brady... Abrazó a su amigo y le dijo:

—¿Dónde está Rosa? Vengo a recogerla para dar un paseo en su compañía...

—Se ha ido a tomar el aire con un jovencito muy simpático — contestó Ben.

—Hombre, ¡te felicito! ¿De modo que la dejas ir por ahí... con un muchacho?... Tú estás loco, Ben... No es posible que Rosa pueda continuar contigo... No la sabes educar... Mira, Ben, vuelvo a insistir en lo que te dije el otro día... Quiero que Rosa venga conmigo, a mi casa... Allí tendrá profesores y cuanto necesite...

—Esto lo ha de decidir ella... Ya lo sabes...

—¡Hombre desdichado! ¿De qué te sirven las canas? ¡Ingeniero que dejas salir a la niña con el primer pollo que encuentra!

Y seguía protestando furioso mientras Ben parecía empujarse bajo la exaltación creciente del millonario.

\*\*\*

Victor y Rosa corrían en el auto a toda velocidad. Pero el aire era helado y la muchacha temblaba bajo sus finas ropas.

—¿Tienes frío acaso, Rosa? — le preguntó él con gran interés y tuteándola.

—Sí... sí... tal vez la falta de costumbre...

—Nos detendremos un momento en mi casa... digo, donde yo estoy colocado, y bajaré una manta para abrigar las piernas...

Y llevó el auto hacia su casa.

Cuando llegaron a ella, Rosa miró con asombro aquel hermoso edificio.

—En qué casa tan suntuosa estás colocado— dijo ella, sonriente—, ¡Te felicito!

Victor sonrió... ¡Si ella supiera!

Bajó del auto y le dijo:

—No tardaré ni un minuto... aguardame.

Rosa quedó en el coche, escuchando una música de baile que llegaba hasta ella. Al parecer, en la casa donde Victor estaba colocado, deberían celebrar algún festival.

La idea de Dorothy había obtenido la plena aprobación de sus distinguidas amistades, convertidas en "pobres" por unas solas horas...

Todas aquellas gentes millonarias casi se complacían en hacer burla de la pobreza vistiéndolo los trajes de los necesitados.

A Rosa le extrañaba sobremanera ver entrar en la casa a gente tan pobremente vestida. ¿Qué podría pasar allí? Cuando Victor volviese se lo preguntaría...

Victor había entrado, vestido de chofer, en la casa, como un invitado más. Dirigióse directamente a su cuarto, sin penetrar en el salón de baile; al subir por una escalera, topóse con Virginia Parsons, la muchacha destinada por la familia para novia de Victor.

Ella iba con Dorothy; ésta, al sorprender a su hermano le dijo:

—Por fin te has decidido a venir y vestido con toda propiedad...

—Veréis... yo...

—Nada de excusas — dijo Virginia—... Debes quedarte aquí... pues vienes disfrazado.

Virginia llevaba también un vestido desga-



ruido de pordiosera lo mismo que Dorothy. En los salones contiguos todos los invitados usaban los miserables ternos sucios y rasgados de los desheredados de la fortuna. Quien no estuviera en el secreto hubiera creído que se trataba de un baile de la más ínfima categoría social. Pero no... Eran todos ricos que se divertían haciendo una noche de "pobres"...

—No puedo quedarme ahora — insistió Víctor —; luego volveré...

—Pero al menos tendrás la galantería de dedicarme un solo baile — dijo Virginia suplicante.

A esto ya no pudo negarse el joven so pena de parecer casi grosera su actitud, y se resignó a bailar. Dió el brazo a Virginia y entró en el salón, invadido de falsos mendigos.

¿Qué diría Rosa? ¿No se impacientaría demasiado la humilde muchacha Rosa?

Aquel baile parecía no acabarse nunca. Rosa en el auto comenzaba a impacientarse... Sentía el rumor de las músicas... y además... veía que seguían entrando por la puerta principal de la casa, gentes tan miserables y mal arregladas como las había en el propio barrio de Ben... ¿Qué podía significar aquello?

La tardanza de Víctor comenzaba a extra-

ñarla. ¿Es que tal vez el muchacho se había querido burlar de ella?

Viendo nuevos grupos que alborozando entraban en la casa se decidió a bajar del automóvil y acercarse a la puerta.

Unos "mendigos" que llegaban dando grandes risas, rodearon a Rosa y admiraron su vestido.

—¡Magnífico... — dijo un joven —. El mejor disfraz de la noche!

La tomaban por otra muchacha que iba al baile, y cuyo vestido original y típico les llamaba la atención.

Rosa, sin comprender lo que decían, asustada, pensando en que tal vez había caído en un lazo, quiso retroceder, pero los otros, deteniéndola la dijeron:

—Entre sin miedo, todos somos unos... aun cuando parezcamos otros...

Y arrastrada por los brazos de cierto joven, Rosa penetró en el palacio y de repente la deslumbró la magnífica luz de los salones...

El joven intentó hacerla bailar, pero ella se resistía, avergonzada. ¿Por qué había ido allí Víctor?

A duras penas dió unas cuantas vueltas con su acompañante entre el oleaje de la multitud. De pronto vió a Víctor que bailaba con

una mujer, vestida de mendiga... El corazón de la jovencita palpitó con honda desesperación.

El joven que la estrechaba en brazos le decía:

— ¡Ha sido una magnífica idea esa de obligar a todos los invitados a asistir al baile vestidos de pordioseros!... Ya ve — agregó riendo —: bajo nuestros trajes pobres se oculta lo mejor de cada casa.

Un hondo estupor se apoderó de Rosa... Apenas osaba comprender... Es decir, ninguno de aquellos que ella tomó por pobres lo eran en realidad, sino disfraces, máscaras, bajo cuya falsa miseria mostraba la fortuna su rostro satisfecho. Tal vez allí Rosa fuese la única miserable. Pero, y Víctor, el chofer, ¿cómo bailaba allí, y con otra mujer?

— ¿Quién es aquel joven vestido de chofer? — preguntó mostrándole a Víctor que hablando con Virginia no había visto a su humilde amiguita.

— Es hijo de la señora Martín, dueña de la casa, y hermano de la organizadora de este baile original...

— ¿Está usted seguro...? — preguntó anhelante.

— ¡Ya lo creo!... Y precisamente baila con

la joven que le tienen reservada para esposa...

Rosa estaba pálida... Sentía que la vida se le escapaba a girones, rota por la desilusión...

¿Cómo había sido engañada!... ¡Y que aquel muchacho, propietario de todo aquel caserón se había presentado a ella como un triste chofer para engañarla!...

— Si usted me permite — dijo —, No puedo bailar más...

— Como guste... Pero mire, ahora termina el baile... El jurado va a fallar el concurso de trajes... Aguardemos...

Rosa no respondió, ajena a todo... Veía a lo lejos a Víctor hablando con su novia. ¡Y para eso, para presenciar su idilio, la había invitado él! ¿Qué significaba aquella burla?

Los individuos que constituían el Jurado pasaban ante los "pobres". Los había maravillosamente caracterizados. Lisiados, ciegos, amarillentos, enfermos, todos mostraban una cara de lástima y un traje roto y maltrecho por los años. Mas, bajo esos atributos de miseria vibraba una alegría de riqueza instantánea.

— Bien... bien... — decían los jurados —. Es difícil escoger. ¡Parecen ustedes pobres de verdad...!



Al llegar ante Rosa que permanecía con los ojos bajos, sin darse cuenta de la realidad, lanzaron una exclamación de asombro. ¡Admirable, qué vestido, qué detalles tan típicos, qué cosa tan original!

El Jurado miraron algo entre sí y luego uno de esos mendigos preguntó a Rosa:

—¿Me hace usted el favor de su nombre, señorita?...

Ella respondió, temblorosa...

—Rosa O'Grady...

—Bien... no se mueva...

Subieron a un estrado y el Presidente del Jurado, después de imponer general silencio, habló:

—Concedemos el primer premio por su estafalaria indumentaria a la señorita Rosa O'Grady.

Al oír su nombre, Rosa quiso huir, pero los invitados se acercaron a ella y la rodearon.

Victor, asombrado, vió a Rosa y sufrió una inmensa sorpresa. ¿Cómo había entrado la muchacha? Ahora ella descubriría toda la verdad...

El presidente del Jurado puso en el pecho de Rosa una redonda medalla de cartón.

—¡Hurra por la vencedora!—gritó.

Y cien brazos aclamaron a la muchacha.

Rosa, con la cabeza baja, sentía una vergüenza dolorosa... ¡Verse así, a la faz de todos, sirviendo de trofeo su pobreza... Premiar su traje que no era su disfraz, sino el vestido de pobre, que realmente le correspondía... Oh, sintió su miseria humillada, le pareció que injuriaban a Ben y salió del salón.

La señora Martin y Dorothy comentaban entre sí la personalidad de la triunfadora. No la conocían, la habría traído probablemente alguno de los invitados. Pero no podía negarse que su disfraz de pobre era impecable y magnífico...

Victor, habiendo podido dejar a Virginia, corrió al encuentro de Rosa y quiso bailar con ella.

—Rosa... yo quisiera explicarte... ¿Qué debes estar pensando en mí?

Ella le miró altiva, orgullosa, con el poder y la dignidad de su pobreza ultrajada.

—No me hables siquiera—protestó—. Te desprecio a ti y a todos tus amigos. Ahora veo claramente que sólo deseabas burlarte de mí, escarneciendo mi pobreza...

—¡Rosa... Rosa!—dijo él, con voz emocionada—. No seas así... Deja al menos que me explique... No seas tan impetuosa...

—No quiero saber nada... no quiero volver

a verte... me has engañado... te has burlado de mí...

—Te juro que todo ha ocurrido contra mi voluntad... Perdóname...



*Rosa... yo quisiera explicarte...*

Pero ella no le respondió, y huyó de la casa, llorando...

Ya en plena calle, sintió que de nuevo las músicas rompían a tocar y le pareció que se desgarraba su corazón...

¡Noche de pena! ¡No la olvidaría en su vida!... Victor se burlaba de la pobreza de

Rosa... y los demás invitados, con un premio grotesco, la aplaudían... ¡Ah, cómo les odiaba a todos...!

Y emprendió de nuevo su camino a casa, llo-



*...huyó de la casa llorando...*

rando y soñando en la dicha que había perdido ya...

Victor quedó enfurecido en su hogar. ¿Qué habría pensado Rosa de aquella grotesca ceremonia? Era verdad... parecía todo aquello una burla impía para escarnecer la miseria.

Al día siguiente iría a verla a la tienda, ha-



haría con el viejo Ben si era preciso, pero se haría perdonar...

Poco después, Rosa llegaba a casa de su padre adoptivo... Ben se hallaba hablando con Jim Brady, y discutiendo aún lo que tenía que hacerse sobre el porvenir de Rosa.

La vieron entrar con la cabeza baja, en la mano el sombrero, los ojos hinchados por las lágrimas. Corrieron a ella con la emoción de la sorpresa... Cuando pensaban verla regresar alegre, con la juvenil satisfacción de un idilio, la veían triste desesperada...

—Dime, ¿qué te pasa, Rosa? — preguntó el usurero—. ¿Quién te ha disgustado?

—Victor... todos... ellos... — respondió llorando.

Y en breves palabras explicó la escena del baile, de las goriluseras que hicieron burla de la pobreza auténtica de ella concediéndole el premio de honor...

—Me condecoraron... se burlaron de mí... Yo no merecía esto... Y, el, Victor fué el que me llevó a su casa.

El viejo Ben movió amargamente la cabeza. ¡Pobre chiquilla! ¡El tenía la culpa de haberla dejado marchar!

Jim, enfurecido, miraba al prestamista.

—Si me la hubieras confiado a mí — le de-

cía — esto no hubiera ocurrido... Al contrario, en vez de burlarse de ella, tal vez la hubieran casado...

—Yo no podía suponer esto...

—¿De qué te sirven los años, imbécil? Te fías del primer hombre que se acerca a tu niña y le dice cuatro cosas bonitas! Merecías ir encerrado a un asilo de chicos...

Rosa seguía llorando en un rincón... Le parecía ahora imposible que Victor hubiese podido comportarse de aquel modo. Pero, ¿cómo dudar ya de la infame traición... si mientras ella esperaba para que todos la hicieran víctima de sus bromas, Victor bailaba con la mujer con la que iba a casarse?

Jim decía entretanto a su amigo:

—Esta noche me la llevaré a mi casa, para que se distraiga... Aquí ya no puede vivir más... con un hombre como tú...

El prestamista lanzó un suspiro... Tal vez comprendía realmente que no era digno de tener junto a él a una muchacha tan encantadora como Rosa.

Jim se acercó a Rosa:

—No llores más, niña... Vas a venir esta noche a mi casa... El lujo de que vivo rodeado te hará olvidar la inútil humillación que

mas sufrido. ¿Te gustará vivir con papá Jim una temporada?

Ella secó sus lágrimas pero miró tristemente a su amigo sin responder.

—¿Es que no me quieres? — preguntó



—*Vas a venir esta noche a mi casa...*

Jim —. Yo te amo tanto como pueda quererte papá Ben... Los dos te encontramos a la puerta de esta misma casa... Prometimos repartirnos tu educación, sino que, como Ben es un viejo egoísta, te ha tenido siempre a su lado

para que tú le cuidases... Yo, mientras fui pobre... nada dije... para pasar privaciones ya estabas bien con Ben... Pero... ahora que la fortuna me sonríe... ahora que soy millonario... no consentiré que tú no goces de mi dinero...

Rosa le miró dudando... Y luego pareció interrogar a Ben...

— Aunque sea muy triste para mí, tal vez es preferible que vivas con él, que es muy rico... — dijo Ben, sacrificándose por la dicha de la criatura amada.

— Pero, papá Ben, ¿quién cuidará de hacerte la comida?

— Ya me arreglaré... lo esencial es tu felicidad...

Y el viejo prestamista se volvió para enjugarse rápidamente una lágrima que había caído furtiva.

Sin poder contener su emoción Ben avanzó unos pasos y Rosa se dirigió a él comprendiendo su inmenso amor.

— Papá Ben... me es imposible dejarte, ¡Me moriría de tristeza!

Entre los ojos tristes del viejo quiso surgir una luz de dicha.

— Pero si mi mayor alegría es saber que allí



te encontrarás perfectamente, tendrás cuanto apetezcas...

Y aunque interiormente lloraba, procuraba hacer el corazón fuerte y sonreír...

Rosa bajó la cabeza...

— Anda... vete con él — dijo Ben —. Ya nos veremos. No te apures... verás qué hermosa será tu nueva vida...

Jim, emocionado, dijo:

— Esta noche ya dormirás en mi palacio, chiquilla... Y pretendientes no han de faltarte... mejores y más serios que ese idiota malvado que te acompañaba...

— ¡Oh, no le insulte! — respondió Rosa —. Vaya usted a saber por qué habrá hecho esto...

Con sus palabras dejaba escapar un secreto.

A pesar de todo seguía pensando en Víctor con una inquietud amorosa.

Poco después, Rosa, instada por los ruegos de los dos amigos, marchaba con Jim hacia aquella vida que iba a brindarle su nuevo "papá"...

\*\*\*

Cuando al día siguiente Rosa despertó en un magnífico lecho, creyó estar bajo el poder de un agradable ensueño...

Dirigió una ojeada a la habitación. La estancia era clara, magnífica... La joven había dormido en una cama de elegante caoba... Un gran armario de luna copiaba su delicada figura.

Entró una camarera trayéndole en rica bandeja de plata el desayuno.

Probó aquellas sabrosas pastas y mantecuilas que no había comido nunca, y ante su agradable sabor se convenció de que realmente no soñaba, sino que vivía la más hermosa de las realidades.

Vistióse en un momento las elegantes ropas nuevas que habían depositado sobre su ca-

ma y luego de tomar el baño salió de la habitación para admirar el magnífico palacio de Jim Brady que la noche anterior pudo entrever apenas entre el cansancio y las emociones de la jornada.

¡Cuán rico era papá Jim! ¡Esta casa era más bella aún que la de Victor!

Con cierto egoísmo juvenil pensó un instante en la casita polvosa del prestamista, en los manjares bastos de aquella comida vulgar... ¡Qué diferencia había!...

V alegre el corazón, con ansia de olvidar, respiró libremente con un desgo de vida nueva...

Jim fué a su encuentro con aquella sonrisa amable y noble que le caracterizaba.

Con la confianza que tenía en esta criatura a la que conocía de chiquitina, la levantó en brazos y la besó.

—¿Qué te parece mi casa—?

—Es adorable — respondió ella —. No creí nunca que fuese tan bella...

—Sí... era un bello hogar... pero faltabas tú para alegrarlo... Quiero que no carezcas de nada... Te compraré vestidos, sombreros, que te convertirán en una reina de la elegancia... Tú serás la heredera de mi fortuna...

—¡Oh, gracias... gracias!...

—¿Eres feliz? Te gusta eso?

—Sí... sí... Pero... no podemos abandonar por eso a papá Ben — dijo, repentinamente entristecida. — El pobre debe estar tan abu-



—Quiero que no carezcas de nada...

riendo sin mi compañía. ¿Quién le hará ahora la comida?

—No te preocupes por él... Has estado viviendo a su lado toda la vida, justo es que conmigo estés hasta que te cases... ¿No te parece?

—¡Oh, casarme! ¡Qué lejos está eso!...



Yo tengo que ir a pasar antes una temporada con Ben!

—Buena... todo se arreglará... Irás...

La palabra casamiento había hecho pensar momentáneamente a Rosa en el joven que de tan extraño modo se comportara... No acababa aún de comprender su conducta...

Y entretanto, allá en la humilde casa del prestamista, Ben contía solo... Melancólico, recordaba los días mejores en que la dulce Rosa alegraba con sus cantos el hogar...

Nada hay tan bonito como una mujer en el hogar... Ella es la vida, la luz que brilla perpetuamente, la estrella que jamás se apaga... Cuando los hombres quedan solos en la casa, parece que se ponga el sol... Entonces adquieren los hogares la tristeza de las cárceles, de los asilos, de las grandes aglomeraciones de hombres... Y las almas lloran la visión lejana de la mujer.

Pero, ¿qué importaban unas lágrimas en los ojos de Ben, si Rosa vivía como una princesita?

Aquel día apenas probó bocado... Era muy reciente la ausencia de Rosa para que no la sintiera con toda su alma. Levantóse de la mesa sin poder comer.

Alguien entraba rápidamente en la tienda...

¿Quién sería el cliente? Hoy, Ben tenía pocos deseos de comerciar.

Vió a Victor Martín que avanzaba decidido.

Enérgicamente, los puños casi cerrados, la figura débil del prestamista pareció creer.

—¿Cómo se atreve usted a presentarse en mi casa después del disgusto que ha causado a Rosa?

Martín quiso disculparse.

—Fue toda una terrible equivocación... Rosa ni comprendió de qué se trataba, ni quiso escucharme... Pero yo voy a contárselo a usted.

Y sucintamente le dió amplias explicaciones fundamentando su absoluta inocencia.

—Yo quiero hablar con Rosa... ¿no está en casa? Yo quiero repetirle lo mismo que le he dicho a usted.

—Marchó ayer — respondió gravemente el viejo —; marchó desolada, no queriendo volver a verle a usted más... Cree que intentaron usted y sus amigos burlarse de ella y de nuestra pobreza...

—¿Qué disparate!... Mi amor por Rosa es sincero... desearía casarme con ella y he venido a saber su opinión...

—¿Casarse? ¿Usted, un hombre rico?

—Quiero a Rosa — le dijo —. No me im-

porta saber si es pobre o no. Me basta con su cariño.

El prestamista se humanizó...

— Eso es ya otra cosa — dijo sonriente —. Así da gusto oír hablar... voy a acompañarle a usted junto a Rosa.

— No perdamos tiempo... Deseo verla, hablarla, pedirla perdon...

— Se lo concederé — dijo él, sonriente.

Ben cogió su inseparable sombrero hongo y subió al automóvil de Victor que aguardaba frente a la tienda.

— ¿Es seguro ese bicho?

— De lo mejor... No tema...

Y partió a gran velocidad, causando en el prestamista el vértigo de la rapidez...

— No tan aprisa... no tan aprisa...

— ¡Más... más! — decía él, ávido de ver cuanto antes a Rosa.

Ben le había dado la dirección... pero creyó no poder llegar...

Estuvieron a punto de chocar varias veces. ¡Tan veloces iban!

Más finalmente el auto con matemática precisión se detuvo ante el palacio de Jim.

Ben lanzó un suspiro de alivio. ¡Gracias a Dios! ¡Creta morir!

— Y yo que tenía por peligroso viajar en tranvía — murmuró.

Un criado les introdujo en un salón donde esperaron la llegada de Jim Brady.

El prestamista no salía de su asombro contemplando aquel lujo y magnificencia. ¡Qué suerte había tenido el antiguo agente!... Vió el tapizado de la estancia y comentó:

— Magnífico paño... ¡lástima para usarlo como empapelado!...

Victor se impacientaba... ¿Qué clase de sujeto sería Jim Brady?... El prestamista le había contando su rápido encumbramiento...

Jim no se hizo esperar entrando en el salón.

Vió a Ben acompañado de un joven y sospechó de quien se trataba.

Jim — dijo Ben —, este joven desea ver a Rosa... Yo te explicaré...

El millonario le interrumpió con un gesto de sequedad.

— Este es el muchacho que trató de burlarse de Rosa, ¿verdad?...

— Le ruego me permita contarle — dijo Victor —. Nada más lejos de mi voluntad que ofenderla.

— No se disculpe usted — respondió duramente —. No merece usted volver a ver a Rosa y no lo logrará...



Ben intentó intervenir a favor del joven.  
¡La quiere y está dispuesto a casarse con ella!

No sea usted cándido — respondió Jim —. Hemos terminado esta entrevista. Rosa me dijo que no quería volverle a ver a usted. Está dispuesta a ingresar en un internado para recibir la refinada educación que corresponde a la heredera de mis millones...

— Para eso sí que yo no doy mi consentimiento — interrumpió enfurecido el prestamista —. No quiero que encierren a mi Rosa en un internado...

Rosa apareció de pronto en la habitación... Los dos "papás" contemplaron la linda muñeca. Y Victor corrió al encuentro de la amada buena...

— Rosa... he venido para pedir tu perdón... para rogarte...

Ella, sorprendida al encontrarse con este muchacho, la respondió con altivez:

— Te dije que no quería volver a verte...

— Tal vez lo dijiste, pero estabas muy lejos de pensarlo...

Y llevado de repentino impulso, viendo el balcón abierto, puso en práctica un atrevido plan.

Sin que ninguno de los dos viejos pudiera evitarlo, levantó en hombros a Rosa y la llevó corriendo hacia la calle.

Ella protestaba queriendo librarse de las cadenas del amor... Pero el muchacho, sin ha-



*Rosa apareció de pronto en la habitación...*

cer raso de sus protestas, la obligó a sentarse en el automóvil y tomando él la dirección del volante, pronto el coche emprendió una fantástica velocidad.

Ben y Jim quedaron maldiciendo al audaz

raptor. Había que ir en su persecución inmediatamente.

Y enretanto seguía a gran velocidad el automóvil de Víctor.

La muchacha, ofendida y sorprendida por



*...levantó en hombros a Rosa...*

la audacia de su compañero, protestaba.

—Esto no está bien... Vuélvame a mi casa... mal amigo...

—Cálmate... cálmate, querida... Yo quiero disculparte de todo... Quiero decirte que fue

la fatalidad lo que nos llevó aquel día al baile... que no tengo la menor intervención en lo sucedido... Te lo juro...

Jim y su compañero habían subido a otro automóvil y el prestamista conoció de nuevo los horrores de la velocidad.

—Dios de Israel... sálvame... voy a morir! — repetía.

Se acercaban a darles alcance, Jim rugía de indignación.

Me las pagará todas este insolente...

Pero el auto se detuvo... Acababa de estallar su neumático.

Pronto, pronto, cámbielo usted! — ordenó Brady al chofer.

Este le miró desalentado.

—¡Imposible el cambio, señor... se me olvidaron las herramientas!

—¡Maldita suerte!

Tuvieron que regresar mientras a lo lejos se perdía el automóvil de Víctor Martín y Rosa.

La muchacha había ido poco a poco creyendo en las palabras de él. Le juraba Víctor con tanta fealdad que él no había tomado parte en aquel baile, que querían hacerle casar por la fuerza con Virginia, que la muchacha creyó...



—Te juro que sólo a ti te quiero — le dijo él —, y deseo casarme cuanto antes contigo.

—¿De veras?

—Sí... sí... ahora mismo si posible fuera...

Una suave felicidad se apoderó del alma de Rosa... No podía dudar ya de la sinceridad de las palabras de su amigo... Y se acurrucó a su lado, invadida de amor, mientras Víctor seguía imprimiendo al motor la máxima rapidez... ¿Hacia dónde iban? No lo sabían bien... sin rumbo... hacia la felicidad...

De pronto se vieron perseguidos por una motocicleta que les dio rápido alcance. Para no atropellarla tuvieron que detener el coche.

—Queda usted detenido por exceso de velocidad — gritó el motorista a Víctor.

—Pero... es que tenemos mucha prisa... sabe... íbamos a casarnos... y...

Quiso marchar pero, enfurecido, el agente les amenazó:

—No me desobedezcan... Soy también juez de paz del distrito y puedo castigarlos severamente...

—¿Usted... Juez?

Y una sonrisa iluminó el rostro de Víctor.

—¿Te has enterado, Rosa? — le dijo a la dulce amiga—. También el señor es juez... y

como a tal tiene facultad para casarnos. De modo... que si quieres, él nos casará...

Ella no contestó, pero sonriente reclinó la cabeza en su hombro.

—¿Quiere usted casarnos? — le dijo al juez.



*Jim y el prestamista se contentaban con ir a verlos...*

Este, sin perder su gravedad, respondió:

—En marcha. Y en compensación de la multa que tiene usted que pagar por exceso de velocidad, le casaré gratis...

Y poco después en el despacho de juez de paz, Rosa y Victor se unieron en vínculo sagrado.

Y papá Jim y papá Ben tuvieron que resignarse a vivir ya solos... sin la compañía dulce de Rosa ...

No había otro remedio. El amor mandaba sobre la vida. Rosa quería a Victor y efectivamente no había motivo para negarle a la muchacha la conveniencia de aquel matrimonio.

Jim y el prestamista se contentaban con ir a verles cada día en el hogar que ellos habían formado.

La madre y la hermana de Victor no protestaron al enterarse de que su hijo se había casado con... una heredera de millones, ¡Menos mal! ¡No era una muchacha de su clase... pero era rica!...

Ben no quiso abandonar su tienda. La amaba con un cariño hondo y paternal...

Y muchas veces Rosa iba a verle con su marido y los dos alegraban aquellos viejos muros con el espectáculo bello de un amor esplendente...

F I N

## PRÓXIMO NÚMERO:

La preciosa  
producción  
nacional

## ROCÍO DALBAICÍN

por

ELISA RUIZ ROMERO  
(ROMERITO)  
JUAN DE ORDUÑA, &

✻

Sea usted coleccionista de

*Los Grandes Filmes*

✻

¡ SIEMPRE LO MEJOR  
ENTRE LO MEJOR !



COLECCION USTED  
LOS SUGESTIVOS LIBROS DE LA  
BIBLIOTECA

## Los Grandes Films

DE  
LA NOVELA SEMANAL CINEMATOGRAFICA

CUYOS TITULOS SON LOS SIGUIENTES:

*Los Hijos de Noche*. - El triunfo de la mujer. - El prisionero de Zenda. - El joven Molarduz. - Los novios de la mujer. - Una mujer de París. - El Convento. - Para toda la vida. - Capitan de Barquero. - De mujer a mujer. - La Hermana Blanca. - El maestro de los lobos. - ¡París...! - Venganza de mujer.

Precio de cada libro: UNA PESETA

*Teresa de Alcantara*. - Mucela. - Emperador. - Lirio entre espinas. - El que recibe el bafelón. - Roma. - Juntos heredados. - El Fantasma de la Opera. - El trono naciente. - El Caid. - Madama Sans-Gêne. - América. - Cuando las mujeres aman. - El Capitán Blood. - Más fuertes que el amor. - Kiba. - Demasiadas mujeres. - Nobleza indiana. - Condesa de Orléans. - El Rajá de Dharmagar. - El difunto Mallus. - Pascal. - La marca de fuego. - Los hijos de Naile. - Pescador de Isigoda. - La 7ª mujer de Barla Azul. - El Bevo de la Victoria. - El proceso de Nauri. - Preston. - Justicia gitana. - La Poesía de París. - El abanico de Lady Windermere. - Por la Patria. - Amor de Patria. - El asalto al acubalante de Corroca. - Dick. - El Guardia Marín. - Bou. - La conquista del Amor. - Bajo el cielo de Montecarlo. - La Barrera. - La Bachivara. - Maternidad. - Los niños del Hospicio. - El diablo santificado. - La calle del solido. - ¿Eben tener hijos los pobres? - Corrientes. - Roca de Coranto. - El Travalindio. - El hijo prodigo. - El mundo perdido. - La novia fugida. - El indio. - La novela de una noche. - La que no sabíamos. - Montecarlo. - Mateloc. - La Favorita de la Legión. - Los hombres que pagan. - ¿Chico o chico? - Su Alteza el Príncipe. - El circo del diablo. - La Mascar de Oro. - Jaque al placer. - Inocente condenado. - Cambiada esposa. - La única mujer. - Una Yagui en la Argentina. - Maldad encubierto. - Juanito criollo el pelo. - El Torrente. - Se necesita un ladrón. - Todos araban casándose. - La bailarina del Cairo. - El Boxeador. - El estudiante. - La novela de un joven pobre. - Las mariposas de Mariva. - Hijos prodigos. - Los dos amores. - La luz de las caudicías. - Quince naciones en guerra. - El valle del silencio. - Horrores de muerte. - Los cuatro jinetes del Apocalipsis. - Penitencia. - Por fin se casa Zomora. - La huérfana millonaria.

Precio de cada libro: 50 céntimos

Lea usted

La preciosa novela

# La que encadenó al amor

— POR —

MILAGROS DE RODIL DE ALBA

la feliz autora de

## Placer, Dolor y Felicidad

COLECCION DE NOVELAS SENTIMENTALES

de

Ediciones BISTAGNE

Retenga usted este título

# EL AMOR DE UN SOLDADO DESCONOCIDO

MANUSCRITO HALLADO  
EN LAS TRINCHERAS //

Escenas de la vida en las trincheras  
La novela más tierna y amorosa

Prólogo elocuente y conmovedor  
de y traducción del inglés  
por

Milagros de Rodil de Alba

EDICIÓN ELEGANTE  
¡ARTÍSTICA CUBIERTA!

3.50

Pesetas





